

Obre.
1916

PRE
UN P

PACIFICO

MAGAZINE



Recuerdos de Juventud

En el Claustro.

Por

Josefina Smith de Sanfuentes

INTRODUCCION

Instadas por nuestra amiga, la organizadora de esta fiesta, para contribuir a ella con alguna lectura, y sin ánimo ni espacio de preparar nada especialmente, hemos debido arrancar, para complacerla, algunas páginas de ese libro a que todas cual más, cual menos, vamos agregando hoja tras hoja en el curso del vivir.

Era acaso lo menos indicado para un salón como éste, donde se conversa, se ríe y se hace música; pero habréis de perdonarnos lo excesivamente personal del tema y su falta de toda amenidad, en gracia a que cuando la vida ha sido triste, es difícil encontrar acentos alegres y a que si hablamos con frecuencia de nuestra propia alma, no lo hacemos sino para buscar mejor el escondido sendero que lleva al alma de los demás.

Ilustración de A. Bústos

Cuando se ha llegado a la mitad del camino de la vida, hay un melancólico placer en volver atrás los ojos y contemplar de nuevo, envueltos en la penumbra de la lejanía, los paisajes que otrora nos complacieron, las ilusiones en que nos mecimos y los templos en cuyo santuario nos detuvimos a meditar y decir nuestra plegaria.

Es también una manera de apartarnos de nuestra propia amargura y no ver "la cuesta de bajada que tenemos delante, con el pálido sol que la alumbra y la helada ribera en que termina". (1)

Un gran poeta ha dicho que no hay sufrimiento como

Acordarse del placer
en el tiempo del dolor.

mas si es verdad que se padece con la memoria de los bienes perdidos, no lo es menos que ese padecimiento nos sostiene en las tribulaciones y parece que hiciera al-

borear en nuestro horizonte la claridad de una inmortal promesa.

... De todos los sitios a que ligó nuestra existencia la suerte, más benévola, de nuestra primera juventud, hemos debido tornar siempre con especial agrado a uno que fué para nuestros labios como la fuente generosa en el desierto: nos referimos al claustro donde habitamos un año, sometidas a dura regla, cumpliendo en la más humilde y abnegada de las congregaciones religiosas los preceptos de la caridad.

Fué después de un gran duelo.

La muerte del sér que sobrellevaba la responsabilidad de nuestra existencia, nos encadenó durante muchos, muchos días sobre su sepulcro, cerca del mar, y de aquellas lentas y desgarradoras meditaciones salimos con el firme propósito de ofrecer la vida por su alma en algún convento.

A fuerza de tenaces ruegos, conseguimos vencer la resistencia de nuestra familia y se nos permitió cumplir nuestro

(1) Jouffroy.

voto a condición de elegir para ello el más penoso de todos los sitios, uno de tal naturaleza que por su solo aspecto parecía destinado a quebrantar en breve plazo nuestra joven perseverancia.

Con esta secreta idea, nuestra madre nos dejó ingresar en calidad de novicias a la orden de las hermanas de San Vicente de Paul, encargadas de los hospitales.

Tenía razón según el mundo.

Mirado con ojos humanos, un hospital es el conjunto de todo lo más horrible que guarda la tierra, algo como una anticipación del Purgatorio, adonde se entra sin saber cómo ni cuándo se saldrá y por el que los sanos y los felices de la vida pasan con un inevitable suspiro de alivio egoísta, pareciéndoles que hasta las flores tienen allí bocas doloridas y los árboles sombrías actitudes.

Sin embargo—lo hemos pensado muchas veces, después—no sólo entre los que allí sufren y se lamentan de un dolor pasajero, sino entre las que permanecen sin una queja junto a esos dolores siempre renovados, hay almas y destinos que envidiarían muchos de esos dichosos que llegan, entran y pasan con tanta presteza por los hospitales.

Mas, para comprender esta verdad, es preciso haber vivido en aquel ambiente y penetrárase hasta el fondo del corazón del espíritu divino que lo impregna.

Todos los días los mismos actos se repiten exactamente iguales y ésta que para una joven del mundo habría de ser monotonia desesperante, irá llenando poco a poco el espíritu de las hermanas con una sensación de eternidad.

Antes del alba, con la obscuridad de la noche o las luces de las estrellas en invierno, o a esa vaga claridad que precede al amanecer en el verano, dejan el lecho de hierro y dura paja, visten los bastos hábitos, heredados de alguna antecesora muerta y, después de ordenada la celda, se dirigen en largas y calladas hileras hacia la capilla. Allí la Superiora dicta el tema de la meditación del día y la comunidad se pone de hinojos para meditar. Luego una se levanta y explica en alta voz el motivo de sus reflexiones... Es entonces cuando se transparenta, como en un claro cristal, el espíritu de cada una de las monjas, tan iguales bajo sus túnicas azules y

sus blancas cornetas, y divididas en el interior por las profundas diferencias de los temperamentos. Recordamos a una hermana que gustaba comparar la actitud del alma enamorada del Cristo y ansiosa de poseerle, con la fábula clásica de Psyche, esposa amantísima del Amor, pero que no puede unirse al esposo sino a través de la muerte... mientras a los labios de otra, muy joven, volvían con tanta insistencia la Oración de Gethsemani, el sudor de sangre y el único desfallecimiento del Señor en esa hora trágica, que alguien hubo de observarle suavemente:

—Hermanita, Ud. está siempre en el Huerto de los Olivos.

¡Cuántas veces, más tarde, la hermanita de entonces ha pensado que no debió salir nunca del huerto que precede a la Pasión!

Fortificadas con estas oraciones y con el Sacramento, diariamente recibido, abandonaban las hermanas la capilla para repartirse en sus diversos oficios, preparando unas los remedios, trabajo absorbente y delicadísimo, preocupándose otras de la alimentación o la contabilidad del establecimiento y consagrándose las más, sin punto de tregua, a la atención personal de los enfermos, de esos pobres a quienes el dolor hace a menudo tan injustos, que devuelven con insultos los cuidados y hasta suelen morir maldiciendo las manos que quisieron y no pudieron aliviarlos.

Pasado el mediodía, teníamos el primer instante de reposo, que aprovechábamos sentándonos a la redonda, en sillitas muy bajas, para coser lentamente y conversar... Era la hora en que cada cual decía sus emociones íntimas y en que un lazo de amistad se anudaba entre las almas de las hermanas. Ahí las conocimos nosotros y pudimos llegar al sagrado de muchos corazones y penetrar el secreto de vidas purísimas, traspasadas de dolor y henchidas de un inmenso anhelo de santidad. Eran por aquel tiempo nuestras compañeras y confidentes predilectas dos religiosas mejicanas, expatriadas cuando la persecución con que inició su Gobierno el Presidente Díaz: sor María Búlnes, espíritu fino y elevadísimo, de ilustre estirpe y bella como un ángel, que componía en secreto poesías llenas de mística inspiración y era y es considerada con justicia como una de las ca-



bezas más hábiles y prudentes del convento; y sor Margarita, la visionaria, que descendía en sueños al Purgatorio, traía de allá noticias y había llegado a convertirse en una como mediadora entre los vivos y los muertos. Innumerables personas de la sociedad acudían a consultarla sobre el destino de sus queridos difuntos y no se retiraban nunca sin alguna nueva luz de la que en aquella mujer santa y modesta parecía resplandecer. También profetizaba y hemos de recordar siempre la terrible exactitud con que se han venido cumpliendo los vaticinios que nos repitió tantas veces, al aconsejarnos la perseverancia, con una frase del Evangelio que más tarde nos citarían labios ilustres, en horas de dolor.

Pero no nos alejemos del convento...

Al caer la tarde, reuníase la comunidad y se encaminaba repartida en dos filas, a

través del huerto, hacia la Gruta de la Virgen de Lourdes, levantada en el fondo de los jardines interiores. Era una marcha silenciosa y muy dulce, después de los cansancios del día. Durante la estación del calor, veíamos ponerse el sol en el trayecto y las flores que se apretaban en los prados exhalaban todo su aroma, como un incienso natural. Las formas de las cosas se iban esfumando en la sombra que sobrevenía y en medio de la religiosa paz del ambiente, resonaba el toque del Angelus y la comunidad se detenía ante la sagrada imagen. Por el invierno, encontrábamnos allí las estrellas o salía a contemplarnos, desde encima de los montes, "la faz pálida y sobrenatural de la luna". (2) Entonces todas las voces entonaban el mismo cántico:

(1) Valle-Inclán.

Ave Maris Stella!
Salve Estrella de los Mares!

repitiendo tres veces y cada una con mayor intensidad, aquel versículo de tan tierna invocación:

Monstra te esse Matrem!
Muestra que eres madre!

La onda de las voces se dilataba hasta muy lejos en la callada serenidad del anochecer y las religiosas volvían a atravesar de regreso el jardín, embalsamado de ardientes fragancias o húmedo por la lluvia y con una trágica desolación en los árboles desnudos.

Veladoras de los enfermos y de los angustiados, las alas blancas que se batían a aquella hora, en la travesía del huerto, por el viento de la tarde, parecían expresar con su cándido símbolo, el ansia de todas aquellas almas que en el vasto hospital pedían como una gracia suprema el vuelo de la muerte!

Por la noche había "la ronda": dos monjas eran designadas para velar hasta el amanecer con los enfermos y si acaso había algún agonizante, lo que casi nunca faltaba en las salas numerosísimas y siempre llenas, era preciso colocarle el biombo de aislamiento y a la luz de un candil que temblaba en la vaguedad del recinto, ayudarlo a bien morir, rezarle las letanías con que la religión despidió a sus fieles en la puerta de la eternidad, y amortajar en seguida el cuerpo, dominando el espanto que su frío produce, con el pensamiento de que se tiene entre las manos el cuerpo sacratísimo de Nuestro Señor.

De este modo desarróllase la vida en los conventos de la caridad, en medio de divinas emociones y de prácticas tan austeras, que para sobrellevarlas se pide y se obtiene cada día una fuerza especial, y que el carácter forjado una vez por esa disciplina, queda animado para siempre de una energía superior con que vencer los embates de la suerte, resistir las tempestades del hogar y despreciar los juicios del mundo, con sus cobardías, sus calumnias y sus "perversos pensamientos".

Pronto, demasiado pronto, habíamos de experimentarlo...

Cuando los nuestros vieron que no sólo perseverábamos en aquella casa de peni-

tencia y verdadera santificación, sino que cada día se afianzaba nuestra voluntad de profesar, movieron influencias a que las buenas hermanas no pudieran oponerse, y nos obligaron a salir.

Todavía no existe entre nosotros el respeto a ese sagrado signo con que la Providencia señala a sus creaturas y las elige para las diversas vocaciones.

Más que para los hombres, hay para las mujeres un camino invariable, que marca su posición, y que las lleva, contrariando inclinaciones religiosas o artísticas, hacia el término del matrimonio, fijo siempre y tantas veces fatal por el olvido que, aun allí, se tiene de consultar la afinidad de los corazones, la comprensión de los espíritus o siquiera la semejanza de los cerebros y de las culturas.

Nosotros que soñábamos con que después de los votos solemnes, tal vez se nos enviara, como a algunas compañeras, a la obra de la propagación de la fe en países lejanos y salvajes, donde se halla la palma del martirio, hubimos de abandonar un día los umbrales que, tiempo atrás, cruzáramos con tanto gozo, y dejar el cuidado de los enfermos, las meditaciones matinales y las queridas plegarias vespertinas, para embarcarnos casi inmediatamente, tonsuradas todavía, según la regla monástica, en dirección a Europa, con nuestra familia, que nos prometía un viaje brillante y una vida fastuosa, ignorando ciertamente que sólo variaba la perspectiva de nuestro padecimiento y acaso lo hacía más hondo al quitarle su aureola.

Fueron días de trastorno y de indecible turbación los que siguieron a la despedida.

Todo se resolvió demasiado rápidamente y partimos.

...Mientras nos alejábamos de esa playa benigna donde habíamos querido plantar nuestra tienda, y se perdían en el horizonte las figuras de las buenas hermanas quedadas en el surco, volvían a levantarse en nuestro pecho sus llantos y sus tiernas palabras, y, dominándolas a todas, la voz profética de la monja visionaria nos repetía esa profunda sentencia del Evangelio, que después hemos debido murmurar tantas veces, con labios de angustia, como un lema de resignación: "El que pone la mano en el arado y mira hacia atrás, ¡ay de él!"